LIBROS RAROS Y CURIOSOS

LITERATURA FRANCESA HISPANÓFOBA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

(CONCLUSIÓN)

Afrentas y desventuras de un español en París.

Puede muy bien titularse así el capítulo que Carlos García dedica en su obra refiriéndonos sus andanzas y desventuras en los primeros días de su estancia en París, recién llegado de España.

Se ve desde luego que el pintoresco relato, aunque abunda en hechos verosímiles, es un alarde de inventiva e ingeniosidad. Carlos García se nos muestra una vez más como hombre de ingenio y hasta como escritor ameno que da vida a sus relatos.

Pero aun teniendo en cuenta que Carlos García es más ingenioso que verosímil al contarnos sus desventuras, hemos de ver en el fondo la animaversión real y efectiva del pueblo hacia los españoles en cuantas ocasiones se le presentaba para desahogar su ira y despecho, vengándose ahora cruelmente de los sobresaltos pasados y de los vejámenes sufridos, sobre todo en los aún recientes tiempos de la Liga. Considerado, pues, el relato, como una descripción de las costumbres populares de París, en relación con los españoles, es interesantísimo y digno de tomarlo en cuenta.

Y como el relato es ameno, pintoresco e interesante, le transcribimos casi íntegro.

«Hice mi viaje con la prevención y comodidad que permitió mi pobreza: la cual no fué tan grande que no me permitiese traer un caballo con algunas blanquillas (aunque pocas), pues las más se fueron en pagar un vestido que con gran cuidado hice, creyendo que en el punto que entrase en Francia, sin otra ostentación y artificio que sólo verme vestido a la española, había de aficionárseme todo el mundo y darse de mojicones por cuál había de llevarme el primero a su casa...

Y de ser estimado, respetado y en alguna manera temido, me daba seguridad seis palmos de espada que traía muy ceñida a lo valor, tocando casi en tierra con la contrera. Finalmente, entré en Francia vestido a la española y con tal aderezo cual se debe presumir de quien venía a pretender en Francia solo con el favor de ser español.

Comencé a pasear las calles con la gravedad, sosiego y donaire español; pero me fué forzoso perderle y apresurar el paso, dejando mi acostumbrado compás. Porque, no había andado veinte pasos, cuando comenzó a despertarse una gritería y zumbido de muchachos tras de mí diciendo: *señor, señor de la burrica, pan y rabanillos,* y otros mil motes, y con voz tan desentonada, que la necesidad me forzó a entrarme en la primera casa que hallé abierta, quedando los umbrales y azaguán della tan acompañado de muchachos y aun de gente de capa, que verdaderamente parecía la puerta del gran Concejo.

Por mi desgracia, estaban en el patio de la casa tres niños jugando, los cuales viéndome con un traje tan diferente del que ellos estaban acostumbrados a ver, me recibieron con tantos lloros, espantos y alaridos, que, a sus voces y a las que daban mucha gente de las ventanas, salió de la caballeriza un palafranero, el cual, creyendo que había hecho algún desplacer a los niños, alzó la mano y me dió tal golpe en la cabeza con una almohaza que tenía, que faltó muy poco para dejarme sin sentido.

Yo procuraba en esta aflicción excusarme con muy humildes razones, pero era predicar en desierto porque nadie me entendía. Y así, al cabo de haber hecho mis quejas a treinta o cuarenta personas que en el patio había, se resolvieron a meterme en la calle y entregarme a mis primeros angustiadores, que en la puerta me esperaban; los cuales habiéndose multiplicado por la mitad, comenzaron a seguirme la calle adelante con tantas voces y algazara que de todos los callejones acudía casi infinito número de hombres, mujeres y niños a ver la causa de aquel extraordinario tumulto, creyendo fuese algún azotado que pasaban por la calle.

Yo estaba tan turbado y del todo fuera de mí, que no tenía juicio para pedir en qué lugar estaba; y aunque lo tuviera, aquel maldito enjambre de abejones no me diera lugar para hacello. Y así, toda la defensa que pude hacer, fué apresurar el paso, procurando dar conmigo en alguna de las puertas de la ciudad, escogiendo por último remedio salir della. Pero mi fortuna, que entonces era muy corta, me

presentó para multiplircar mi ofrenta, una iglesia abierta, en la cual estaba un sacerdote diciendo misa y mucha gente oyéndola. Entreme por ella, dando mil gracias a Dios por la merced que me había hecho en sacarme de entre tantos caldeos; mas apenas hube subido la segunda grada, cuando disparó tal risa entre aquellos pobres estropiados y contrahechos que a la puerta estaban pidiendo limosna, que los que en la iglesia estaban atentos, les fué forzoso volver las espaldas al altar por mirarme y acompañar a los primeros en la risa. De lo cual quedé tan espantado, confuso y suspenso, que me planté por un gran espacio en medio de la iglesia, sin menearme hacia una parte ni otra; y estuviera mucho más si uno de los que estaban de mi cerca no se llegara a decirme que me limpiarse la capa. Retiréme con esta advertencia a un rincón de la iglesia, adonde reconociéndome de los pies a la cabeza, hallé prendidos con alfileres una cola de liebre, con un grande pedazo de intestino de carnero, y el resto della jaspeado de un gran número de gargajos y otras inmundicias, los cuales con mi traje y vestido eran causa del alboroto de la calle y risa de la iglesia.

El repentino zumbido de los que estaban oyendo misa, fué tan desmesurado, que el sacerdote volvió tres o cuatro veces el rostro por ver el motivo de aquella novedad. Y como todo el mundo me mirase tuve por cierto que él también había conocido ser yo la causa de aquel bullimiento y rumor, por donde todas las veces que se volvía al pueblo, clavaba los ojos en mí como reprehendiéndome con ellos de inquieto y perturbador del reposo espiritual. Lo cual me engendró tal turbación y vergüenza, que mil veces me arrepentí de haberme entrado en la iglesia. Finalmente, ora sea que ello fué verdad, ora que la imaginación me lo hizo creer, una de las muchas veces que el clérigo se volvió al pueblo, se me antojó (y pienso que debió decir *Dominus vobiscum)* que me decía qué por qué no me salía de allí. Y así, con esta impresión, salí como un rayo de la iglesia, tan corrido, atónito y turbado, que, sin mirar lo que tenía delante, ni adonde echaba los pies, al salir de la puerta, dí con la frente en las narices de un fraile, que en medio della estaba con una cajuela en la mano pidiendo limosna, tan desaforado golpe que él cayó en tierra con las manos en la cabeza, y la cajuela anduvo rodando las gradas abajo. Al cabo de ellas había unos diez o doce lacayos que esperaban sus amos con sus caballos; los cuales, encendidos de rabia contra

mí, y apasionados por la ofensa del Religioso, comenzaron a bullirse y levantar sus mal pulidos palos contra mí, y pienso que me dieron con ellos, si el haber yo metido mano a mi espada y el lugar sagrado donde estábamos no les hubiera contenido. Pero tomando como instrumento de su venganza la lengua, comenzaron a seguirme la calle adelante, con voces y palabras tan ofensivas, que dellas podía escandalizarse el mayor desuellacazas del mundo, y nó me dejaron hasta que cruzando muy ligeramente una calle, me encerré en una pastelería, donde estuve hasta la noche: en la cual dí infinitas gracias a Dios por haberme escapado de tanta confusión y sobresalto.

El otro día siguiente me resolví en tomar otra derrota, pareciéndome que la del día pasado había sido desgraciada. Y así, con la esperanza que tiene el que se muda de que Dios le ha de ayudar, tomé ánimo y salí de mi posada, con el mismo aplauso, gravedad y sosiego que antes, pero siempre echando los ojos hacia una parte y otra, por ver si toparía con alguno de mis enemigos pasados. Verdaderamente fué venturoso aquel día porque no hallé quien me siguiera por la calle como antes, y toda la persecución se resolvió en que los zapateros y sastres de las calles por donde anduve, dejando sus haciendas y obras se metían en los lumbrales de las puertas, silbando, mofando y riendo de mí, hasta perderme de vista, de lo cual yo hice muy poca cuenta, por parecerme aquella persecución muy ligera, respecto de la pasada.

Este género de burla y menosprecio duró todo el tiempo que anduve vestido a la española, que serían casi dos meses, en los cuales llevé martirizada mi alma, con varios géneros de afrentas, pelillos y vayas, sin que hubiese alguna invención o diligencia que me pudiese librar de tanta persecución.

Y ansi, el resto del tiempo anduve entre dos luces o puesto el Sol, como murciélago u hombre apartado por deudas, porque en el día era cosa imposible pasar una calle cien pasos, sin tener otros tantos muchachos tras de mí. Y una vez que acerté a pasar por una plaza, fué mi presencia tan nueva y extraordinaria a un gran número de vendedoras de rábanos, ensalada y huevos, que acercándome a una que estaba pesando un queso de diez libras, tomó tal espanto y admiración de verme que insensiblemente le cayeron las balanzas de las manos y dió con el queso y ellas en un cesto de huevos que debajo tenía, del cual empezó a manar luego un arroyo de claras, y de su

boca más amenazas y anatemas que un exorcista pronuncia contra un endemoniado. Los huevos eran de otra mujer que estaba a su lado, la cual viendo que su mercancía andaba por tierra, sin detenerse a reprender la falta de la otra, asió los tres o cuatro quesos que la vecina tenía en una pequeña mesa. Esta, queriendo sacalle de las manos los quesos, y la otra defendiéndose forcejearon tanto, que ambas a dos dieron con la mesa, quesos y cestos en tierra, un gran golpe. Y cayendo de cabeza, fué necesario se descubriese el Mongibelo de Sicilia con sus dos bocas.

A todo esto estaba yo presente, acompañando con la risa a muchos otros que habían deseado ver el fin de aquella escaramuza: en la cual estuvieron más de un cuarto de hora, desmelenando y arañándose la una a la otra, siempre en tierra y con las faldas sobre la cabeza, tanto que los que de nuevo venían a vellos, no podían discernir ni averiguar qué cosa era aquello, porque no se les veía otro que las nalgas y los pies.

Acabóse la batalla con alguna sangre, durujones y gran pérdida de cabellos de una parte y otra, y habiéndose limpiado el rostro que estaba lleno de manteca, huevos, cieno y sangre, viéndome presente y acordándose había sido yo el motivo de aquella escaramuza, asieron ambas a dos de común acuerdo los huevos quebrados que por el suelo iban rodando y corriendo tras de mí descabelladas y sin zapatos tirándome con ellos. Tras de ellas se levantaron todas las demás creyendo que yo hubiese hecho aquel daño, y comenzaron a llover sobre mí tantas piedras, cebollas, peras, repollos enteros y pedazos de bacallao, que me parecieron más negro y desfigurado que ellas estaban. Por lo menos me acuerdo que no pude servirme más de la capa y del sombrero.

Viendo un ejército de mujeres sobre mí y tan rabiosas como aquellas estaban, procuré escapármelas de las manos, corriendo más ligero que un ciervo, y sin acordarme de la gravedad y sosiego que profesaba.

Por mi buena fortuna, acertó a hallarse en esta tribulación mía un hidalgo, que sin duda debió estar en España, el cual, movido de compasión, me entró en casa de un amigo que por suerte estaba al cabo de aquella desdichada calle, y mandando a ciertos mozos de mulas que me limpiasen la capa y todo lo que del vestido tenía sucio, volví a subir medroso y del todo mohino, temiendo acometer algún

acto infame (como realmente lo fuera si echara mano a la espada contra diez o quince mujeres, no haciéndome la guerra con otro que cebollazos y repollos), y apenas anduve cien pasos, cuando descubrí de lejos un tropel de gente que en una placilla estaban, con mucho silencio, oyendo un largo y concertado discurso de un ciego a un perro que de una cadenilla tenía asido de su pretina. El perro le escuchaba, mirándole con tal atención que verdaderamente parecía tener juicio y ser capaz de todas las razones que le decía. Y habiéndole hecho danzar al son de un psalterio que colgado del hombro tenía, comenzó a hacerle ciertas preguntas, y entre otras le dijo: ¿Qué harás por el Rey de Francia? Entonces el perro comenzó a danzar, saltar y regocijarse de tal suerte, que si como era bruto, fuese racional, el que le viera le juzgara maníaco o frenético, tales eran los meneos y saltos que daba. Acabada esta pregunta, le volvió a pedir el ciego: ¿Qué harías por el Rey de España? ¡Inmenso Dios! y ¿quién podrá decir los desatinados ladridos que aquel animal daba? Verdaderamente comenzó a erizar el espinazo, regañar aquellos dientes, encarnizar los ojos, alzar las orejas y abrir tan desmesuradamente aquella boca, que parecía tener una legión de demonios en el cuerpo.

No pude esperar más, porque la rabia y el enojo me ahogaban, viendo que el odio y ojeriza contra la nación española fuese instrumento para ganar la vida a los ciegos en Francia: de lo cual me quedó firme deliberación de vestirme a la francesa y dejarme llevar del uso de la tierra, creyendo con esto poner remedio a infinitos inconvenientes.

Apartéme de la conversación, por parecerme que con mi traje iba juntando más gente que el ciego con su perro, y tomando el camino de mi posada, hallé al cabo de una calle muy estrecha, y no muy poblada, una pobre mujer que estaba dando una papa o bullida a un niño en los umbrales de su misma casa. El niño era travieso y mal acondicionado, y así no había remedio de hacelle pasar una cucharada de aquella papa. La pobre mujer, afligida con la obstinación de su niño, viendo que los halagos y fiestas no eran bastantes para hacerle comer lo que le daba, acordó valerse de la ocasión presente, y decille cuando estuve cerca dellos: *Mira, mira un español que viene a llevarse los niños que no quieren tomar la ballida.* Verdaderamente fué tan grande el temblor y espanto que aquella criatura recibió en viéndome, que él mismo, lleno de temor y sobresalto, alzaba las ma-

necitas, y por señas decía a su madre que le metiese toda la papa de una vez, cosa que me hizo escapar la risa de tal suerte, que en más de dos horas no pude hacer otra que reir y maravillarme de aquello.

Pues si yo determinase contar las trampas, engaños y embustes que los bodegoneros hacían conmigo, no sería nunca acabar. El cuarto de escudo valía en mis manos (o por mejor decir en las suyas) diez sueldos. La pieza de diez se convertía en medio cuarto de escudo, éste en un real, y finalmente la pieza de cinco se volvía en tolosano. Y como les replicaba con algunas razones, se azoraban como eones contra mí, diciéndome que si no sabía el valor y tasa de las monedas que lo aprendiese, y no disputan con gente honrada temerosa de Dios y de buena conciencia. ¡Pues decir que no sabía Aritmética, y en particular la regla de substraer!

Muchas veces me sucedía tomar alguna mercancía destas que no menguan al aire ni al fuego, y antes de un cuarto de hora, hallaba que faltaban, de una libra, cuatro onzas. Con estos y otros engaños pasé los primeros días, hasta que el conocimiento y práctica de la tierra me descubrieron el modo que había de tener para librarme de tanto mal.

Joaquín López Barrera.
Catedrático de Francés del Instituto de Santander.